

El relato de Krulul, el viajero

Krulul era más bajo que otros hombres, pero aun reclinado contra la cerca de piedra que rodeaba el jardín, Lúran veía en él una estatura a la que pocos podían aspirar. Su piel, bronceada por el sol de tierras lejanas, era de un color cobrizo más oscuro que los tonos oliváceos comunes entre los Mos-Hai. Y sus ojos eran más angostos que muchos, pero se los veía hinchidos, saciados de un hambre por paisajes nuevos.

Lúran, sentada al borde de una fuente, disfrutaba el sol de la tarde. Se había quitado el velo para sentir de lleno los últimos rayos. Sus pies descalzos chapoteaban en el agua. Hacia el sur, más allá de la silueta oscura de Krulul bajo un árbol, rodaban y rompían las olas azules del Vogal Dot. Un par de velas amarillas y rojas se hundían tras el horizonte.

Amaba aquel lugar. El jardín de Iamuz, y la vista del jardín de Iamuz, y los huéspedes de la casa de Iamuz, solían volver tolerable la presencia de Iamuz.

El anfitrión se sentaba bajo un dosel, un abanico de gran tamaño en la mano y una copa de vino con jugo de naranja a un lado.

—¿Recibirá a zot Druflot con ese aspecto, gruzot Lúran?

—Sí. ¿Por qué no? No estamos en una sesión del Anillo. No me estoy bañando desnuda como un niño, ¿verdad?

Iamuz respondió con una inclinación de cabeza. —Como prefiera. Que no se diga que los huéspedes de mi casa sufren imposiciones. —Y a continuación rio. Era una risa estridente y franca. Muchas cosas podían decirse de Iamuz, pero no que fuera un hipócrita. Siempre pensaba lo que decía y decía lo que pensaba. En ocasiones Lúran deseaba que no fuera así.

Iamuz se volvió a su otro huésped. —¿Son diferentes las reglas de hospitalidad en otros países, zot Krulul?

Krulul acomodó su peso contra la cerca antes de responder. —Las reglas de hospitalidad varían de un país a otro, de un pueblo a otro, incluso de una casa a otra. En el Reino de Piedra, por ejemplo...

Un sonido lo detuvo. Un crujido en los arbustos precedió la aparición de un anciano en un recodo del camino. Un sirviente lo ayudaba, aunque el hombre no parecía requerir mucha asistencia. Vestía una suntuosa túnica roja y azul, y su barba gris estaba pulcramente recortada.

Iamuz se puso de pie y marchó a su encuentro.

—¿Zot Druflot! Su visita es un honor para mi casa. —Su reverencia se ajustaba perfectamente a las formalidades de la cortesía—. Mis felicitaciones por su reelección al Anillo.

—¡Nueve años más! —suspiró el anciano—. Esperaba ver crecer a mis nietos. Quizás traducir algunos libros. Parece que pasaré mis últimos días debatiendo asuntos de estado.

»Sin embargo, por hoy logré aplazar la sesión del Anillo —sonrió—. Supe que zot Krulul había regresado de las tierras occidentales de más allá del Karn Thagug y no quise perdermelo.

Iamuz ofreció a Druflot su asiento bajo el dosel. Él ocupó un banco, pero conservó el abanico. El sirviente llenó las copas y se marchó.

—¡Oh! ¡Gruzot Lúran está aquí! —exclamó Druflot—. Su criterio como anfitrión es admirable, zot Iamuz. Un viajero de renombre y una guardiana de la Biblioteca de Tala-Dot. Alguien que trae historias y alguien que conserva historias. Su elección de huéspedes honra su casa.

—Es un mayor honor para mi casa contar con la presencia de un Nazgul, zot Druflot. La cara del anciano se deformó en una mueca.

—Hum... No quisiera ponerme pedante bajo su hospitalidad, zot Iamuz...

—¿Dije algo inconveniente?

—Nada serio. Pero... Pido disculpas por tal puntillosidad... “Nazgul” es plural.

—Oh. No lo sabía.

—Pues así es. Significa “los del Anillo”.

—Kûmshau afirma en sus *Crónicas* —dijo Lúran— que la traducción es “personas que se sientan en un anillo”. O “que se sientan en círculo”.

—Bueno... Kûmshau no está exactamente equivocado. Pero expresar un lenguaje en los términos de otro es siempre un asunto delicado. Lo más cercano a una traducción literal es “anillo-ellos”. Que, debemos admitir, no parece tener mucho sentido —rio.

Iamuz reía también. —Cualquiera de esas traducciones es mejor que la que oyó zot Krulul.

—¿Qué traducción es esa? —Los ojos de Druflot se volvieron con curiosidad al viajero.

Krulul sonrió antes de responder. —Los occidentales traducen “Nazgul” como “espectros del Anillo”.

—¿Espectros? ¿Algo así como fantasmas? ¿O genios? ¿Soy un genio? —dijo Druflot—. Eso sería... ¿*Nazg draugur*?

—*Nazg gûl*.

—¡Ja! Ingenioso.

—A mí me parece lo contrario de ingenioso —comentó Iamuz—. Esos occidentales no me dan la impresión de ser particularmente brillantes.

—No se apresure a juzgar su ignorancia, zot Iamuz —dijo Krulul—. Casi todo su conocimiento del mosgujab viene de viajeros uruk que aún hoy lo hablan. Pero los uruk no tienen escritura, y su lengua no es igual al mosgujab clásico. Y no olvide tampoco que eso fue hace mucho tiempo. Pocos occidentales han visto un uruk desde los tiempos de la Guerra del Karn Thagug.

Iamuz no parecía muy cómodo. —Nunca entendí esa parte de nuestra historia —dijo a nadie en particular—. ¿Por qué fuimos a la guerra por un trozo de desierto? —Los tres huéspedes comenzaron a responder a la vez, pero fue la clara voz de Krulul la que prevaleció.

—Muchas rutas de comercio atraviesan el Karn Thagug. Casi todo lo que va al oeste o viene de allí pasa por el Lugar Sombreado. La pulsera de tobillo de gruzot Lúran, por ejemplo.

—¿Esto? —El pie de Lúran emergió del agua. Los eslabones destellaron al sol. —Esto es de Ânud Zahovar.

—No lo dudo. Pero el oro probablemente viene de la Ciudad del Valle, al norte de las tierras de Occidente.

—¿Usted estuvo allí? —le preguntó Iamuz—. En el Lugar Sombreado, quiero decir. Lûg Bûrz, no Ciudad del Valle.

—Sí. En Zahovar me uní a una caravana uruk que iba hacia allá. El resto del camino lo hice con occidentales, porque los uruk tienen prohibido entrar en el valle de Utung.

—Desconfían de los uruk porque algunas tribus lucharon para nosotros —dijo Iamuz—. Eso lo entiendo. Pero, ¿por qué a usted le permitieron pasar? Nosotros éramos el enemigo.

—No fue fácil. Pero a los uruk aprenden a odiarlos desde la cuna. A odiarlos, zot Iamuz, no solo a desconfiar de ellos. Creen que son monstruos caníbales o algo así. Los Mos-Hai, por otra parte... No estoy seguro de que tengan muy claro que luchaban contra nosotros. Fue hace mucho tiempo. Nos ven simplemente como extranjeros.

—Esa ha sido mi experiencia con los occidentales —comentó Druflot—. Es algo interesante.

—¡Ya lo creo! —exclamó Iamuz—. ¿Tanto odian a los uruk? Eso es... Bueno, no puedo reprocharles mucho. Yo mismo no dejaría que uno de ellos durmiera bajo mi techo, o se casara con mi hermana —rió—. Pero... ¿Monstruos caníbales?

—Así son las cosas. Permítame contarle algo. Mientras estuve allá quise visitar los asentamientos uruk abandonados de las Montañas de Niebla. Pero ningún guía aceptó llevarme. Todos parecían temer que las ruinas estuvieran habitadas por salvajes “orcós”, como los llaman. O por sus espíritus. Debí encontrar el camino sin ayuda.

—Los salvajes son ellos —escupió Iamuz—. Salvajes supersticiosos. No son mejores que los uruk.

—Sin embargo —continuó Krulul—, resultó ser una suerte de bendición. Las ruinas estaban erosionadas y cubiertas de vegetación, pero nadie las había tocado. Algunas se habían derrumbado, pero otras se hallaban casi como los uruk las dejaron. Todo estaba en su sitio en las estancias, los almacenes, los santuarios de Baldrok... En todas partes.

—Baldrok fue un rey, ¿verdad? —preguntó Lúran mientras se envolvía en su velo y buscaba las sandalias.

—Algunos eruditos creen que fue un antiguo rey o caudillo de los uruk. Sea lo que haya sido, ahora es el dios del refugio. En todo sitio en que los uruk se detienen a descansar hay santuarios y altares en su honor. ¿Ha visto su representación? Una figura velada de blanco con sus dones en las manos: sombra para el calor del día en la derecha, fuego para el frío de la noche

en la izquierda.

—¿El fuego es un don del dios uruk? —preguntó Iamuz, batiendo el abanico.

—El fuego y la sombra.

—¡Eso explica todo! En una tierra de cultivos y bosques, el fuego destruye. ¡Tal dios debe ser un demonio en las tierras de Occidente! Con razón piensan que los uruk son malvados. —Iamuz parecía muy complacido consigo mismo.

—También en el desierto el fuego puede destruir —dijo Druflot—. Mi bisabuelo combatió en la guerra, y en su rodilla oí como lloraron los hombres cuando ardió el lugar sombreado. ¿Han oído ustedes el *Lamento por Lûg Bûrz*? Él conoció al autor. “¡Ay! Ya no hay sombra en el Lugar Sombreado...”

—“... y el fuego del sol destruye lo que ha dejado el fuego del hombre” —Lúran completó el verso.

—Pues sí había sombra en el Lugar Sombreado cuando yo estuve allí —continuó Krulul—. Lo reconstruyeron hace mucho. No solamente los caravasares, sino también las residencias. Hay un mercado y un palacio. Muchos viven allí, casi todos del Reino de Piedra. Les desagradan el desierto y los uruk, pero no tanto como a otros de su gente. Y se enorgullecen de estar allí sirviendo a su rey. Para ellos es parte del reino, no un simple puesto fronterizo. Y tienen su propio nombre para el lugar: *Barad-dûr*.

—Yo sé algo de sindarin —dijo Druflot—. *Dûr* es “oscuro”. Eso sería lo de “sombreado”. Pero *barad* no es “lugar”. ¿Ciudad Sombreada?

—*Barad* significa “torre” —explicó Krulul—. Los occidentales creen que en ese sitio se erguía una gran torre, similar a las que ellos contruyen en sus tierras.

—Ellos construyen torres, nosotros construimos minaretes y pilares —Lúran sonrió bajo su velo—. En todas partes los hombres parecen estar obsesionados por erigir cosas altas de dura piedra. ¿Por qué será?

—Las torres son símbolos de poder —dijo Krulul—. En ellas viven sus reyes y señores.

—¿Y en esta Torre Sombreada vivía un rey? —preguntó Druflot.

—¡El Rey del Desierto! Algunos dicen que era Melkor, el dios del mal de su panteón. Otros, que era su lugarteniente, Sauron.

—Salvajes supersticiosos —murmuró Iamuz.

—Como sea, ahora no hay ningún rey, solo un magistrado. Pero es tan poderoso como un gran señor, porque *Barad-dûr* es grande como una ciudad. ¡Y muy rica! Parte del tributo que pagan las caravanas se dedica a su sostén. El resto es para el rey del Reino de Piedra. O *Gondor*, como se llama el país en sindarin.

—Otra vez esa palabra —Iamuz frunció el ceño—. “Sindarin”. Pensaba que su lenguaje se llamaba simplemente “occidental”, o “lengua del oeste”, o algo así.

—Esa es su lengua cotidiana. El sindarin es un lenguaje antiguo, como el mosgujab. Con

la diferencia de que no queda nadie que lo aprenda desde la cuna. Es el lenguaje de la política y la erudición. Y dicen que es también el lenguaje de los elfos.

—¿Elfos? —Iamuz abrió grandes los ojos—. ¿Esos genios de los bosques y las montañas? ¿Como en *El hobbit*?

—Como en *El hobbit*. ¿Lo ha leído?

—¿Quién no leyó *El hobbit*? —intervino Lúran—. Muy pobre es la biblioteca que no tiene al menos un ejemplar.

—Yo lo leí varias veces cuando era niño —dijo Krulul—. Fue el libro que despertó mi interés por ver el mundo. Es una pena que sea lo único que la mayoría conoce de las tierras de Occidente. Muchos ni siquiera saben que su título original se traduce como “Ir y volver”. Aproximadamente —inclinó la cabeza en dirección a Druflot—. O que se dice que lo escribió el propio Bilbo.

—Pero... ¡Bilbo no existió! —protestó Iamuz—. ¿Allá creen en hobbits? ¿Y en elfos?

—Muchos hablan de ellos como si fueran un pueblo como cualquier otro. Pero dicen también que son difíciles de encontrar, porque los hobbits son muy tímidos y reservados, y la mayoría de los elfos marchó más allá del mar. Y los que quedan viven en sitios apartados.

—Qué conveniente.

—Escuché que dicen que el rey del Reino de Piedra se casó con un elfo —dijo Lúran.

—Así es. No el rey actual, sino su padre. Dicen que la reina era hermosa como un elfo, y algunos lo toman literalmente. O al menos eso entiendo. Para complicar las cosas, el rey se llama Eldarion, que significa “hijo de los elfos”. Y su padre era Elessar, que es “piedra de los elfos”.

—Conocí a Elessar durante una misión diplomática en Khand —dijo Druflot—. Ya era célebre en vida, y entiendo que su fama ha crecido póstumamente.

—Así es. Algunos juglares cuentan que combatió en la Guerra del Karn Thagug.

—¡Ja! Cuando lo conocí era viejo, pero no tanto.

—No creo que muchos sepan cuándo tuvo lugar la guerra —dijo Krulul—. La ven simplemente como algo que ocurrió en el pasado, y no se cuidan de las fechas. Y entre quienes sí saben, algunos dicen que Elessar era más viejo de lo que parecía, y más longevo que los hombres comunes. Algunos llegan a afirmar que Elessar y el general Aragorn eran la misma persona.

—¿En serio? —Druflot alzó una ceja.

—Eso dicen. Que no solamente se casó con un elfo, sino que él mismo descendía de elfos. O que la Piedra de los Elfos de su nombre era una piedra real, un talismán que concedía larga vida. Hay muchas versiones diferentes.

—En resumen, el rey era un alquimista élfico y los Nazgul son genios —rio Druflot—. Si fuera así, la política sería mucho menos aburrida. Debería contar estas historias ante el Anillo, zot Krulul.

—Eso me complacería, zot Druflot. Y hablando del Anillo...

—¿Qué? ¿Hay más?

—Hay más. Parecen haber oído del Anillo, y del poder que tiene. Pero piensan que es un anillo literal.

—¿Un anillo literal? ¿Como la joya?

—Como la joya. El anillo del Rey del Desierto.

—Estas personas son muy literales —se maravilló Lúran.

—Simplones, diría yo —gruñó Iamuz.

—¡Todo lo contrario! —dijo Krulul—. Sus historias son muy imaginativas. Este anillo, por ejemplo, es un anillo mágico. Quien lo usa se vuelve muy poderoso. Y malvado. *Ash nazg durbatulûk*.

—¿Qué es eso? —Druflot se envaró.

—Dicen que eso está escrito en el anillo.

—Estoy impresionado. Mosgujab clásico casi perfectamente correcto.

—Lo llaman “lenguaje negro”.

—¿Cómo puede tener color un lenguaje? —dijo Iamuz, pero nadie respondió.

—¿Todas sus historias son orales? —preguntó Lúran—. ¿Escriben libros?

—Tienen algunos libros que compilan estas historias y tratan de poner algo de orden.

Habría tratado de traer copias si hubiera sabido que la conocería, gruzot Lúran. Tuve ocasión de hojear un par que versaban sobre la Guerra del Karn Thagug. Y... Esto causará gracia a zot Iamuz.

—Todo esto me está causando ya bastante gracia.

Krulul hizo una pausa dramática. —En uno de esos libros había hobbits.

—¿Qué? ¿Hobbits?

—¡Hobbits! Y no cualquier hobbit, sino un pariente de Bilbo y sus nobles amigos. Y su fiel sirviente.

—Pero... ¿Por qué? —Iamuz se veía menos entretenido que sus huéspedes.

Krulul se encogió de hombros. —Porque los hobbits son populares. A los narradores les gusta incluirlos en sus historias. Y Bilbo tenía un anillo mágico.

—¡Pero el anillo de Bilbo lo volvía invisible, no poderoso! ¡Ni malvado!

—No les parece gran diferencia —dijo Krulul—. Si entendí correctamente, estos hobbits intentaban tirar el anillo en un volcán para destruirlo. Y he aquí algo interesante: el Malghâsh hizo erupción algunos años antes de que se escribiera este libro. Se vieron nubes de ceniza en todas las tierras de Occidente. En el relato sucede algo similar. Así que supongo que se refiere a la misma montaña. Pero la localización es diferente.

—¿Dónde está el Malghâsh? —preguntó Druflot.

—En la cordillera Kumur, al noroeste del Karn Thagug. No muy lejos de la Puerta de Utung. Pero en el libro...

—Deje que adivine —lo interrumpió Iamuz—. Creen que la Puerta de Utung es una puerta literal, ¿verdad?

—Ahora que lo menciona... —Iamuz hizo un gesto de exasperación al oír esto—. Lo que estaba diciendo es que en el libro la montaña se yergue solitaria en el medio del desierto, al oeste del Lugar Sombrado.

—¿Qué? ¿Nunca vieron ningún mapa? —Ahora Iamuz estaba gritando—. ¡No hay ninguna montaña en el medio del Karn Thagug!

—Ya lo sé. Pero cuanto más difícil es llegar a la meta, mejor es la historia.

—¿Hay algo que sí sepan? ¿Saben algo de nosotros? ¿Lo que sea? —Iamuz se puso de pie y señaló el mar—. ¡Al menos deben haber oído del Vogal Dot!

—Han oído. —Krulul vaciló antes de continuar—. Pero...

—¿Pero?

—Pero... En sus mapas aparece más pequeño de lo que es. Y al oeste de su ubicación real. Lo llaman *Núrnen*. Significa “agua triste”.

—¡Oh, sí! ¡Por supuesto! ¡Construí mi casa a la orilla del Vogal Dot, construimos aquí la jodida capital, porque es un lugar triste!

—Parece estar tomándolo como una afrenta personal, zot —dijo Lúran. Pero Iamuz ya no oía. Iba y venía por el sendero, el rostro encendido.

—¿Y permitimos que estos bárbaros conserven el Lugar Sombreado?

—Estoy seguro de que ellos pensaron lo mismo de nosotros cuando atacaron —dijo Druflot—. Le sugiero que se calme, zot Iamuz.

—Me calmaré cuando... —Se detuvo de repente ante el anciano—. Zot Druflot, como ciudadano de Mos Uzga exijo un voto del Anillo sobre la recaptura del Karn Thagug.

Druflot guardó silencio por unos instantes. Al final dijo—: Su inquietud será pronto presentada ante el Anillo. —Su tono era serio y formal, pero Lúran notó que se esforzaba por no reírse.

—¡Bien! —Iamuz respondió, y se desplomó sobre el banco.

Por un breve intervalo nadie habló. Los movimientos del abanico de Iamuz fueron tornándose cada vez menos nerviosos. Al fin dijo:

—Le pido disculpas, zot Krulul. He interrumpido su relato. No he sido un buen anfitrión.

—Acepto sus disculpas, zot Iamuz —dijo Krulul—. La hospitalidad de su casa es siempre encomiable.

Lúran se halló incapaz de respaldar tal elogio cuando miró a su alrededor y encontró vacío el jardín. —¿Por qué no hay más gente? —dijo—. ¿Por qué no estamos en el Parque del Viejo Reino, donde todos puedan escuchar? Zot Krulul, si decide escribir un libro sobre sus viajes, se le asignará un estante especial en la Biblioteca de Tala-Dot. Junto a *El hobbit*.

—Buena idea —dijo Iamuz—. Que todos sepan qué clase de gente nos derrotó. ¡Por los

nueve Cielos! ¿Cómo pudimos perder contra esos salvajes?

—El general Mogrund habla de eso en sus *Comentarios* —dijo Lúran—. Ellos tenían la ofensiva. Sus líneas de suministro eran más cortas. Tenían las montañas a sus espaldas para refugiarse, mientras que nosotros estábamos al raso.

—Estoy seguro de que esos uruk nos vendieron. —Iamuz se volvió hacia Krulul—
¿Cómo lo cuentan ellos?

—Dicen que el general Aragorn comandaba un ejército de muertos —dijo Krulul.

—¿Creen eso? ¡No puede decirme que creen que sucedió así!

—Tienen historias —dijo Krulul—, y para ellos las historias son para contarlas, no para creerlas o no creerlas. Al menos así lo entiendo.

—Son diferentes de nosotros —dijo Lúran.

—¡Ya veo! —dijo Iamuz.

—Se está haciendo tarde. —Druflot se puso de pie con cierta dificultad—. Mañana la sesión del Anillo comenzará temprano. ¿Abandonará pronto nuestra ciudad, zot Krulul?

—No antes del Día de Primavera, si la generosidad de zot Iamuz me permite quedarme hasta entonces.

—Excelente. Hablaré con los Nazgul sobre la posibilidad de oír el relato de sus viajes.

—¡Y yo estaré ahí! —Iamuz se irguió—. Reiteraré mi pedido luego de que el Anillo oiga la historia de zot Krulul. Seguramente verán que la situación actual es una vergüenza para nuestro país y nuestra raza. ¿No cree, zot Druflot?

Lúran vio al anciano quedar inmóvil como una estatua, y suspiró de alivio cuando al fin le oyó decir:

—Su hospitalidad es digna de encomio, zot Iamuz. Que el Rey del Cielo proteja su casa.

—Que el Rey del Cielo nos proteja a todos —respondió Iamuz, apegándose al protocolo—. Y que conceda sabiduría a nuestros gobernantes terrenales en los tiempos que vendrán —agregó en un tono que estremeció a Lúran—. ¡Gazdâg! Gazdâg, acompaña a zot Druflot a la reja.

—Yo también debo marcharme —dijo Lúran—. Gracias por su hospitalidad, zot Iamuz. Que el Rey del Cielo proteja su casa.

—Sí. Que la proteja. —Giró sobre sus talones y desapareció. Krulul no tardó en seguirlo por el sendero.

Frente a la casa, el camino estaba desierto. Druflot ofreció llevar a Lúran en su litera, pero ella declinó la oferta.

—¿Está segura? Será de noche cuando llegue a la ciudad.

—Estoy segura. Prefiero caminar.

—Como desee. Que el Cielo la guarde, gruzot Lúran. —La litera se alejó al ritmo disciplinado de los porteadores.

El sol colgaba a baja altura tras las nubes del oeste. El viento soplaba desde el mar gris. A la distancia sobre la costa, y también en la Isla de los Zot al otro lado de los puentes, comenzaban a arder las lámparas de Tala-Dot.

Era un largo recorrido, pero Lúran se envolvió en el chal y se puso en camino. Puntos de luz parpadeaban en la ciudad, y puntos de luz comenzaban a parpadear también en el cielo. Lúran no quería perderselo.

Tenía la sensación de que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a disfrutar la vista del jardín de Iamuz.